

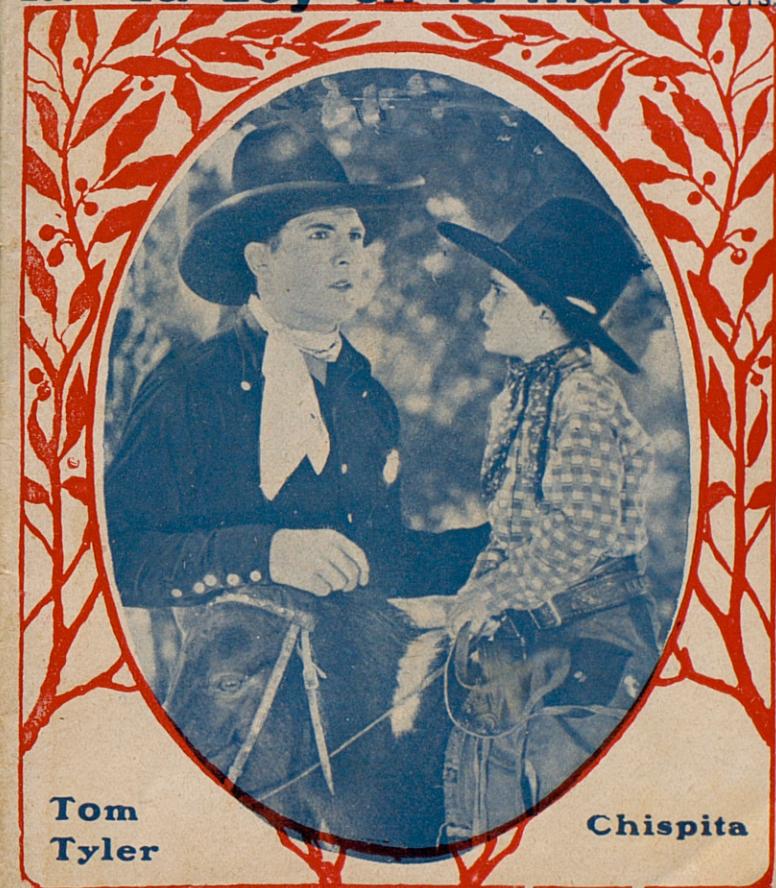
Biblioteca-Films

NÚM.
299

La Ley en la mano

25

CTS.



I-3021

8 €

BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707
Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16
BARCELONA

AÑO VI APARECE LOS MARTES Núm. 299

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

WHEN THE LAW RIDES 1928

LA LEY EN LA MANO

Adaptación en forma de novela, de la
película del mismo título interpretada
por el famoso caballista de la pantalla

TOM TYLER

Selecciones VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290 Barcelona

REPARTO

Roberto O'Malley TOM TYLER
Clara LIANA REID
Danielín CHISPITA

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford

Pola Negri

Gloria Swanson

Bebé Daniels

Raquel Meller

Alice Terry

Jacobini

Colleen Moore

Laura La Plante

Dolores del Rio

Vilma Banki

Dolores Costello

D. Fairbanks

Ramón Novarro

Charlot

Adolfo Menjou

Lon Chaney

Gary Cooper

Ant.º Moreno

Chiquilín

George O'Brien

Emil Jannings

Ronald Colman

John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas figura en el CATÁLOGO GENERAL que se remite gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

El desierto de California aparecía aquella mañana en su aspecto más tétrico; la inmensidad de arena, bañada por un sol abrasador, se convertía en un horno, donde se calcinaban los restos a flor de superficie arenosa de los que habían desafiado, cegados por la codicia del oro, las traidoras venganzas del desierto, que con sus tormentas y su rigor, era seguro asilo de muerte...

Solamente lo cruzaban, a más de los buscadores de oro, que lo desafiaban todo, movidos por el afán de una promesa de quimérica fortuna, aquellos que, por razones de su cargo, no podían eludir el tener que sortear los mil peligros que ofrece cruzar la ardiente zona, donde todo se confabula para hacer un calvario de la ruta. Entre las olas, que tales semejan las sinuosidades del camino que aparece medio borrado, olas que ha dibujado la furia del viento, y que a veces se agitan cual las de encrespado mar, avanza al paso cansino de un caballo que, si bien era vigoroso, sentía ya el tormento de la sed, e iba

perdiendo energías, cabalgaba, pues, como decímos Roberto O'Malley, inspector de policía rural, siempre el primero en el cumplimiento de su deber. Le llevaba a emprender la travesía del desierto la necesidad imperiosa de llevar a cabo una de las misiones más importantes que se le habían encargado en su brillante carrera de guardador del orden. Andaba confiado, sin presumir que también en aquellos últimos confines del mundo podían esconderse enemigos de la ley a los que su muerte podría interesar, o sino precisamente su muerte, al menos apoderarse de su personalidad. Cuando más ensimismado se hallaba contemplando medio agotado como el paso de su caballo se hacía cada vez más vacilante. Alguien saltó sobre la grupa de su caballo; lo derribó a él sobre la arena y quitándole la acción defensiva que hubiera podido ejercer, le apuntaba con su propia pistola que en la caída la había arrebatado, diciéndole:

—Bueno, ahora la ley la tengo yo en la mano; despójese de sus ropas...

Volvíose el inspector de los rurales y se vió frente a un individuo que le apuntaba la pistola sobre el corazón y que tenía todas las trazas de disparar al menor movimiento que hiciera, ya que en aquellos apartados lugares nadie podía exigirle cuenta de sus actos. Aun siendo un valiente, las fuerzas

le faltaban y el desconocido le hubiera matado sin piedad, de modo que, Roberto, se rindió y ejecutó, palabra por palabra, lo que el desconocido le exigía. Se fué despojando de sus ropas y de su insignia de inspector de la policía rural y se las entregó a su asaltante, que, en cambio, le entregó sus miserables ropas, raídas y maltrechas. La transformación fué obra rápida y Roberto pensaba en su interior que tal vez con el disfraz que de modo tan forzoso adquería, aún podría realizar su misión con más disimulo. Sin embargo era para él un rudo golpe, que, sólo el estado en que se hallaba, de postración podía hacerle soportar, el tener que dejar su uniforme sobre el cuerpo de un bandido...

Mas, no fué solamente el traje lo que se llevó el bandido, también se apoderó del caballo de Roberto, cuyos finos remos no habían pasado desapercibidos por quien está acostumbrado a conocer el valor de las propiedades ajenas con ánimo de hacerlas propias. Cuando acabó de ceñir el cinturón y la pistola, el bandido que había asaltado a Roberto, le dijo con aire burlón, mientras ponía el pie en el estribo:

—Lo que se va usted a divertir cuando lo pesquen por ahí y se enteren de que es usted un bandido...

En efecto: con los documentos y la ropa del asaltante, Roberto sólo se exponía a que

sus propios compañeros le pegasen un tiro. Pero no estaba Roberto para pensar en cosas tan remotas, dada la proximidad y la gravedad de su situación actual. Anochecía y las sombras envolvían al desierto, dándole un pavoroso aspecto. Se oía el graznido de los cuervos, que trazaban ávidos círculos sobre su cabeza, como si esperaran el momento propicio para devorarle. Roberto se acurrucó como pudo y, echo un ovillo, se metió en un hoyo cavado en la arena por sus manos febriles. Los golpes recibidos a traición, la lucha estéril que había sostenido y la sed, le hacían parecer más un ente del otro mundo que un gallardo y arrogante oficial de la Guardia rural. En un velar continuo, escapando de las alimañas repugnantes del desierto, por un verdadero milagro, pasó lo noche Roberto.

La luz del nuevo día, que tal vez sería el último para él, iluminó las desoladas llanuras, que más parecían africanas que americanas por el rigor de su temperatura, la nulidad de su vegetación. Arrastrándose, pudo llegar hasta donde se hallaba un charco de agua; pero un letrero le detuvo en un último raciocinio y afán de conservación. El agua estaba envenenada, y un cartelón toscamente escrito por una mano piadosa así la pregonaba. Junto al charco y entre un montón de huesos de hombre y de caballo,

5

pobres víctimas de su impetuosa sed, se hallaba aún un moribundo, que, envenenado por el agua, dijo a Roberto, en supremo esfuerzo de maldad, dictada por el egoísmo y la desesperación:

—¡Bebe tú también y moriremos los dos... así no sufriremos tanto!

Pero Roberto, compadeciendo al desdichado, tuvo fuerzas suficientes para dominarse. Vió, horrorizado, como el viandante dicho expiaba, y él, para distraer su atención y librarse de la locura, sacó del bolsillo de la americana que le había entregado el bandido este papel, que era toda una revelación, que obró como un reactivo, excitando el afán de vivir para llevar a cabo un nuevo servicio. Decía así el escrito que su asaltante había olvidado:

“Señor Enrique Blaine,
Black Butte.

Mi muy querido amigo:

Como usted me pidió y cumpliendo sus deseos, le envío a “El Cuervo”, por tador de la presente. Todo el mundo conoce la siniestra reputación de este socio, que está dispuesto a todo, si usted no es escaso en la paga.

Supongo que no debo ser más explícito por carta. El es hobre que, con su sola presencia, se recomienda por sí solo.

SAMUEL”

Sonrió satisfecho Roberto, aun cuando su situación, a medida que pasaban las horas de crítica se convertía en desesperada.

—¡No llegaré al final—se decía—, si al menos tuviera aquí mi caballo...!

En realidad, que después de sufrir el tormento da sed y del calor, la muerte se desea como una felicidad libertadora del suplicio...

—¡Ah... pero si salgo con vida... ese cuervo perderá sus garras y su pico!—dijo con acento de rabia y convicción el celoso defensor de la justicia...

Pero todavía le faltaba sufrir el engaño más cruel de todos los que brinda el desierto, la suprema desesperación: el espejismo. Creyó que no muy lejos de donde se hallaba había un vegetación exhuberante y un límpido arroyuelo le brindaban el descanso y el agua donde apagar la sed... Reunió todas sus fuerzas, hizo un supremo llamamiento a sus energías y corrió como un loco; pero al llegar allí, la fuente y los árboles umbrosos habían desaparecido, era como hemos dicho, el fenómeno del espejismo, que sobre la arena, como inmensa pantalla refleja lugares que hallan a lo mejor a centenares de kilómetros de distancia...

Pero Dios, en verdad, que si bien en algunas ocasiones aprieta, no ahoga del todo, y esta frase popular tuvo su aseveración en la soledad del desierto, donde como una fatali-

lidad debe transcurrir la primera parte de esta interesante narración, que nos hace ver un aspecto de lo más sobrenatural del vario suelo norteamericano que tiene todos los climas, desde la Alaska nevada, hasta la tierra del fuego...

Esta vez sí que sus ojos no eran objeto de alucinación alguna. Una carreta se divisaba en lontananza... Dudó Roberto, pero por fin acabó por convencerse. Arrástrándose se aproximó a la tosca carreta, mientras para excitarse en sus últimos esfuerzos, iba diciendo:

—Ahora sí que escapo a vuestras garras cuervos del desierto, y en cuanto al otro cuervo... éste sabrá pronto cómo las gastan los rurales...

De la carreta divisaron a Roberto y corrieron en su auxilio, ayudándole a acomodarse en ella. Vamos a ver quiénes la ocupaban, ya que, caritativos y piadosos, fueron para nuestro héroe la verdadera providencia... El padre, Benjamín Ross, un sacerdote anglicano, todo bondad y dulzura para los que sufrián. Su hija Clara, de extraordinaria belleza, que, educada por su padre, tenía la pureza del lirio y el fragante aroma de las flores campesinas. Completaba el número de viajeros, Dianelín, el simpático y travieso hermano de Clara, un chiquillo viva-
racho, que tenía retratada en los ojos la in-

genuidad y el adorable sentido de familiaridad que tienen los niños cuando sólo han recibido en su vida, como saludable en señoranza, buenos ejemplos...

Como Roberto, reanimado con el agua y las provisiones que llevaba el pastor y que no regateo en obsequiarle, estuvo más dispuesto para conversar, se inició entre él y sus salvadores el siguiente diálogo:

—Pero buen hombre, ¿cómo os habéis arriesgado a cruzar el desierto sin tomar todas las precauciones? —preguntó el pastor.

—Todas las había tomado, pero no contaba yo, que soy inspector de la policía rural, con la traición de un bandido; por primera vez en mi vida pasé unos instantes despreviendo y confiado, y bien caro lo he pagado...

Y como el cura hiciera un signo de duda, Roberto agregó:

—Si no da usted crédito a mis palabras, déjeme otra vez en el desierto...

—Pues no faltaba más; usted me necesita, y yo no le dejaré hasta que pueda usted valerse. Precisamente me dirijo a Black Butte a predicar, que creo están allí muy necesitados de la palabra divina...

—Cuenta usted con mi ayuda, padre. Deje usted que lleguemos y que me dé a conocer, y cuando tenga otra vez mi caballo

y mi pistola... no habrá nadie que desoiga los sermones de usted...

Una vez convencido, a medida que el camino se acortaba y que el pueblo se divisaba en lontananza, de que Roberto era una excelente persona, el pastor le hizo objeto de sus más finas atenciones.

Llegaron por fin a Black Butte, lugar donde Jacobo Arnold, dueño del bar y del salón de baile, manejaba al pueblo a su antojo, siendo él en realidad quien tenía la ley en la mano, pues era la única voluntad que se acataba en el pueblo. Tenía como cómplice de sus manejos a Enrique Blaine, que es, como se recordará a quien iba dirigida la carta que Roberto halló en las ropas de "El Cuervo" y carta que había de servir de presentación al bandido a su llegada a Black Butte.

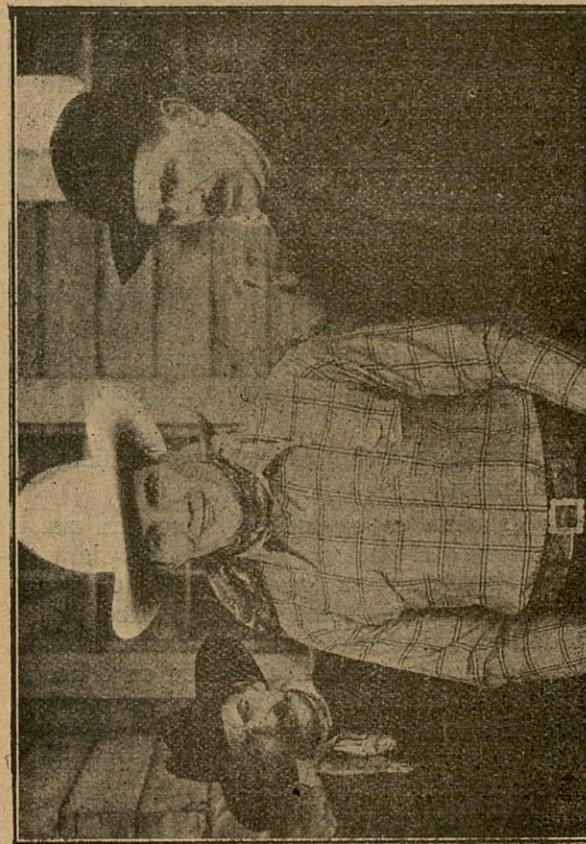
Danielín estaba encantado, pues no tenía las aspiraciones de su padre. El pequeño quería ser un formidable vaquero, manejar el lazo y el caballo y ser el terror de los rodeos y fiestas campestres, para llevarse todos los premios.

Inmediatamente, después de su llegada, el pastor se dispuso a predicar, para lo cual se instaló en la calle más céntrica levantando un pequeño entarimado, tan humilde e insignificante que más ya no podía serlo. Pero al darse cuenta Arnold y Blaine de que

la gente salía del bar atraída por la llegada del pastor, y aun cuando de momento no fuera por espíritu religioso, sino por la novedad de escuchar un sermón, se dieron cuenta ambos parrajacos de que su rebaño volaba y de que no se despachaban consumaciones, ni las cartas corrían de mano en mano arruinándose todos para enriquecerse ellos. Aquello no les convenía. El grupito formado en torno del padre Benjamin iba engrosando. Por fin Arnold se adelantó resueltamente, y tomando por un brazo al pastor le obligó a que descendiera de su improvisado escaño al mismo tiempo que decía con su voz chillona y retadora:

—Con la música a otra parte, pastor de almas; aquí no necesitamos de sus sermones.

Pero allí estaba Roberto, que restablecido y puesto otra vez en forma por los alimentos y cuidado que con él tuvo el pastor, vióse obligado por su dignidad y por su gratitud a terciar en el asunto. Para él luchar a puñetazos con Arnold era cosa de juego. De un salto, abriéndose paso por entre el grupo de curiosos, se plantó junto a Arnold, y, torciéndole la muñeca, le obligó a que soltara al pastor. Cuando Arnold se volvió para pegarle, Roberto, aprovechando su impulso mismo obligó al matón del pueblo a que saltara sobre sus espaldas y diera con el cuer-



...e impuso en el pueblo su autoridad...

po en el suelo, eso sí, quedando aprisionado por una mano. Este estado de impotencia tendido boca arriba, lo aprovechó Roberto para arrebatarle la pistola y guardarla. En verdad, no la necesitaba, pues al levantarse Arnold porque Roberto le dejó libre, le sacudió dos directos al estómago que por lo menos le imposibilitaban todo banquete en un par de semanas.

No le faltó la espontánea felicitación de los muchachos del pueblo, a los que Arnold tenía atemorizados con sus bravatas. Por todas partes escuchaba Roberto a su paso por el pueblo:

—¡Bien, muchacho, en diez años nadie se había atrevido con este pillastre!

La estancia en el pueblo ya no era tan ingrata para el pastor y para su hija Clara, pues nadie se atrevía con ellos, sabiendo que contaban con un defensor de tan excelente calidad como Roberto. Danielín se atrevía ya a jugar con otros muchachitos de su edad, pidiéndoles datos sobre los caballos y los toros. En tanto, Roberto estaba empeñado en hallar a toda costa a Blaine, y al primero que encontró le preguntó por dicho individuo. Naturalmente, le indicaron el bar, y allí se presentó nuestro hombre, llamando poderosamente su entrada la atención de los presentes.

—¿Quién es Blaine? — preguntó al que estaba sentado junto a la puerta.

—Aquél — le respondió muy atento un indio de cara cetrina que en cierta ocasión le hubiera tal vez insultado.

En tanto, uno de los parroquianos le decía al propio Blaine:

—Este es el entrometido que se ha metido con Arnold en defensa del pastor.

Y añadió como comentario poco tranquilizador:

—Y vaya tío arreando. Parece una máquina...

Roberto se dirigió a Blaine y le dijo:

—Yo soy el individuo a quien está usted esperando.

Para que no dudara, le enseñó la carta firmada por Samuel.

La leyó atentamente Blaine y examinó de arriba abajo al recién llegado. El examen le satisfizo y sonrió de un modo acogedor.

—Pues en cuanto no se me reciba bien, estoy decidido a liarme a tiros con todo el pueblo en masa y abrir una sucursal del cementerio en cada calle...

Estas palabras de Roberto fueron el mejor saludo que podía dedicar a gentes de tan sospechosa catadura como las que frecuentaban el bar.

—Precisamente — dijo Blaine — yo estaba diciendo que yo deseaba que el Cuerpo

estuviera aquí y era usted ya huésped del pueblo. Porque me temo que un día de estos venga el oficial de los rurales y hay que tener alguien preparado que lo reciba dignamente.

—Pues aquí me tiene usted — dijo Roberto —, y ya ve que me he presentado saludando a mi estilo: a trompadas...

—Usted dispense; que si desde el primer momento hubiéramos sabido de quién se trataba,, nadie hubiera chistado; ¿y qué interés tenía usted en defender al pastor?

—Ninguno; sólo ha sido un pretexto para que empiecen a conocer y a temer por aquí.

—Es lo único que falta para que entre yo y Arnold seamos los amos del pueblo, cosa que ya hemos conseguido y que es cuestión de pocos días. Cuando llegue el inspector de los rurales usted se encargará de él... y sírvale de parroquiano, que se marche propagando que aquí no hay remedio.

—Los rurales — dijo Roberto fingiendo admirablemente — pues sí son mi especialidad. No hace dos días que dejé a uno en el desierto, muriéndose de sed... ¡Este ya no puede estorbar a nadie!

Pero Roberto interrumpió la conversación para correr hacia un grupo que se había formado alrededor de Danielín, que se batía a un mismo tiempo con tres de los chiquillos más revoltosos del pueblo. Los separó como pudo y procuró apaciguar los ánimos, ya que



Chiapita admiraba a Roberto, siempre con la pistola en la mano

dos de los contendientes de nuestro travieso Danielín estaban fuera de combate y con las narices chorreando chocolate, o sea sangre; pero hemos usado para describirlo el vocablo que usan en América.

—Pero ¿cómo ha sido eso? — preguntóle Roberto —. ¿Es que te has figurado que hemos venido al pueblo a poner academia de boxeo?

—No — dijo Danielín —; pero me han insultado diciéndome que era un perro de iglesia, y yo les he contestado que era más vaquero que ellos, y como mis palabras no les convencían y me han tirado barro y piedras, pues le he replicado con los puños...

Sonrió Roberto satisfecho de ver que aquel pequeño tampoco conocía el miedo; pero le recomendó cordura y paciencia para sufrir las molestias del prójimo, ya que estas palabras eran las del sermón del pastor Benjamín. Pero lo que más presente le había quedado a Roberto, eran los ojos de Clara, que eran para él faros que señalaban un puerto de esperanza y salvación que, sin embargo, se le antojaba aún lejano. Despidióse de Danielín y se fué Roberto a sentar junto a unos hermosos árboles que estaban situados no lejos de la entrada del pueblo. Allí su pensamiento se recreaba en la imagen de Clara. La veía hacendosa, cuidar de su hogar y de un segundo Danielín, guapo y travieso, en

fin, una ilusión que él creía factible de que se convirtiera en realidad.

Sin embargo, la realidad mismo estaba a pocos pasos de él. Clara había salido a efectuar algunas compras, y daba una vuelta por el pueblo instigada por la seguridad y convencida de que ya nadie iba a meterse con ella. Así era, en efecto, pues todos la miraban pasar con respeto y sin molestarla en lo más mínimo. En estos lugares de escasa importancia las noticias corren sin necesidad de periódico, y ya todos sabían que había en Butter unos puños estupendos dispuestos a defenderla con bravura.

Sin darse cuenta ella misma, se halló Clara frente a Roberto, ya que el sendero cruzaba los árboles donde él se había sentado. Galante, levantóse a saludarla y la invitó a que se sentara... fué con un gesto sin mediar palabra, pero ella no se decidía...

—¿Teme usted mi compañía? — la preguntó él.

—No; lo que temo son las habladurías de la gente.

—¿Acaso es algún crimen estar junto a un hombre?

—No; pero podrían decir que nos amamos... que vivimos juntos...

—Mentirían si dijeran que nos amamos—

dijo Roberto con intención—; yo creo por mi parte, que reflejarían solamente la verdad..

—¿Me ama usted? — dijo como atontada Clara...

—Es necesario decirlo—contestó Roberto.

—A veces sí... aun cuando se adivina...

—Gracias, Clara, porque ha sabido usted leer en mis caladas declaraciones todo el amor que atesora mi alma que rebosa mi corazón.

—¡Con qué fuego habla usted! Yo creí que sólo servía usted para repartir puñetas; pero veo que es todo un poeta.

—En todo hombre de corazón, en todo hombre que lucha gallardamente, hay siempre un poeta, porque hay belleza en la vida cuando se ama y la poesía no es sino una forma de la belleza.

—Habla usted como un catedrático de filosofía y bellas ciencias.

—No hay ciencia más bella que el amor, que es el compendio de toda la vida.

—Pero — dijo Clara — ¿todo esto dónde lo ha aprendido usted?

—Ha brotado en mi espíritu al enamorarme de usted. Lo he leído en sus ojos, en estos ojos que quisiera me miraran siempre con amor.

—¿Y cree usted difícil conseguirlo—dijo Clara saboreando el placer de sentirse amada...

—No lo creo imposible—dijo Roberto—; pues la sinceridad de mi amor ha de obligarla a corresponderme con todas las fuerzas de su alma, joven nacida para el querer.

—Si — dijo Clara —; ya quejamás he fijado mi vista en un hombre, encuentro ahora un extraordinario placer en hablar con usted, en tenerle a mi lado.

—Esto es amor, Clara, y de este sentimiento depende toda la ilusión que yo cifro en nuestro porvenir.

—Pero, sin embargo, hay tantas dificultades que vencer — dijo Clara.

—Sí, yo tengo la seguridad de que usted me ama; todas quedarán vencidas como por arte de magia — dijo Roberto—, y añadió:

—Puedo contar con que siempre tendré la seguridad de que sea el peligro que fuere el que yo estaré corriendo, se acordará usted de mí?

—Sí — dijo Clara, al mismo tiempo que abandonaba una de sus manos entre las de Roberto.

Este ni corto ni perezoso, y sabiendo que en lídes de amor lo esencial es saber aprovechar el minuto decisivo, enlazó por el talle a Clara, la atrajo hacia sí y dejó en sus labios un beso, que resonó en su estampido

como un canto de victoria, de la eterna victoria del amor y el placer sobre el pudor de la mujer.

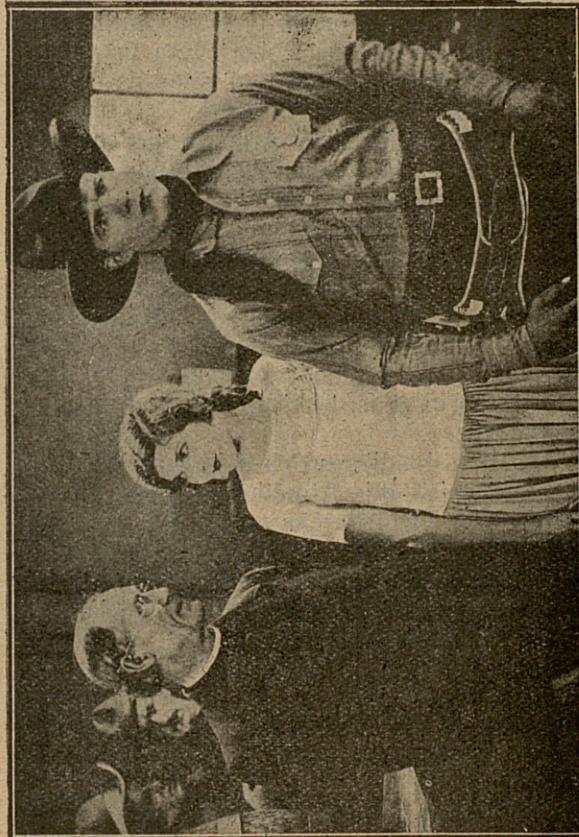
Mas, mientras en dulce éxtasis, los dos enamorados sorbían en sus labios el néctar de la vida, no lejos de allí, en el bar del pueblo, se tramaba contra ellos un complot decisivo. La cosa tenía su explicación. El verdadero personaje, o sea, Roberto, había sido descubierto por aquellos bandidos. Uno de ellos, que había tenido que ver con la justicia, se fué corriendo, en busca de Arnold y Blaine, y les dijo:

—Tengo los datos para establecer la verdadera personalidad de este “Cuervo”, que no es tal cuervo. Deben ustedes saber que se trata, nada menos, que de un oficial de los rurales...

Blaine y Arnold se miraron estupefactos un instante... Luego Arnold, que por nada del mundo perdía su serenidad, dijo:

—Pues, bueno; ya tenemos en un instante planeado el golpe más audaz de nuestra vida... y que será de los buenos y que rinden dólares...

—Escuchad, amigos—dijo, reuniendo a su alrededor a los más conspicuos de la banda que, como de costumbre, se hallaban en el bar perdiendo el tiempo y llenando los estómagos de alcohol, bautizado con los más diversos nombres, para despistar.



Roberto, Clara y el pastor se instalaron juntos

Todos formaron corro, y el que había traído la noticia de que Roberto era un oficial de los rurales, ocupaba el sitio de honor, cerca de sus jefes...

Se hizo el silencio y Arnold, dijo con voz grave, como la de un general que expone a sus ayudantes el plan de batalla que les ha de dar la victoria definitiva:

—Sencillamente, ya que este individuo se hace pasar por "El Cuervo", nosotros le dejaremos y hasta le ayudaremos a que obre como tal. Sencillamente el robo del Banco Nacional que teníamos planeado para dentro de pocos días, lo ejecutaremos esta misma noche.

—¡Bravo!—dijeron los más codiciosos.

—Silencio—dijo Arnold—, dejadme proseguir. Pues bien, daremos el golpe, y mañana por la mañana aprovecharemos la excitación y estado de ánimo que esto producirá en el pueblo, colgaremos a este oficial haciéndole pasar por "El Cuervo", y cuando lleguen los rurales, aun cuando deshagan la confusión, no creo que le puedan devolver la vida, si le encuentran en uno de los primeros árboles del pueblo con un palmo de lengua fuera...

—Estupendo—dijo Baine—; esta vez me la has ganado por listo, has tenido una ocurrencia que ni el propio Napoleón... ¡Hurra por Arnold!—dijo.

—¡Hurra!—contestaron todos, y quedaron ultimados todos los detalles del escalo, que debía efectuarse en las primeras horas de la madrugada.

En tanto, Roberto despidióse de Clara y se fué en busca del pastor, al que dijo:

—Padre Benjamín, ha llegado el momento de que empiece usted a ejercer su sagrado ministerio. Estoy dispuesto a acompañarle esta misma tarde al bar, donde predicaremos, y pobre del que intente interrumpirnos. Ya sabe que puede usted contar con mis puños y mis pistolas—dijo Roberto con acento de firmeza.

—Hijo mío, no puedo negarme a tu invitación, ya que veo labores por la causa de Dios, que es al de todos y la que no merece se le regatee sacrificio alguno, aun cuandó sea el de la misma vida...

Así fué, pues, que el padre Benjamín, Roberto y Chispita, nombre que en broma daban a Danielín, y que éste tomaba con agrado, por ser de la invención de Roberto, se encaminaron hacia el bar. Al entrar en él, un movimiento general de curiosidad dominó a todos los presentes. Sin embargo, como la escena de la calle y la habilidad de Roberto en zurrar la badana era ya noticia del dominio público, nadie se atrevió a cerrarle el paso.

Roberto se colocó de espaldas al mostrador

dor, después de haber obligado a los que tras él se hallaban a que salieran de aquella trinchera, desde donde podían atacarle sin riesgo. Luego ordenó:

—Silencio todos, que tengo que hablárles a ustedes de algo muy serio!

Todos callaron, y en algunos labios se dibujó la sonrisa del escepticismo, que era pasto de aquellos espíritus degenerados... Roberto empezó así su discurso:

—Honrados oyentes, y conste que lo de honrados no lo digo en chunga. He venido aquí para acompañar al pastor que desea dirigiros la palabra, que, por ser suya, es también de Dios. Este sermón espero que no tendrá que convertirse en funeral, ya que creo que nadie se atreverá a molestarle. Además, si así fuere, habría mojicones y hasta artillería—dijo sacando dos pistolas y ponéndolas sobre la mesita que servía a guisa de púlpito...

Luego, continuó, sereno e impasible:

La palabra de Dios os producirá más beneficios que todo el dinero que habéis podido obtener en vuestros robos y saqueos, y ya veréis como si os queda aún alguna moneda la daréis de limosna, ya que el banco que más rédito da es el cielo, donde la limosna es muy apreciada... Pero todo esto lo dirá mejor el pastor, a quien cedo el sitio que indebidamente ocupo.

Así ocurrió y cuando el pastor dejó oír su voz, el más profundo silencio reinaba en el bar, asilo siempre de pendencias, gritos y deprecaciones...

Era la verdad divina que les dominaba y la promesa de que “habría artillería”, lo que hacía que se mantuvieran en silencioso respeto...

Sin emborga, Arnold, le dijo por lo bajo a Blaine:

—Ya verás como mañana encuentra este moneguillo sin sueldo la recompensa... que será la soga al cuello...

Terminó el sermón y se retiró con la augusta majestad del que ha cumplido su deber el buen pastor Benjamín, que en su vida había hecho oír su palabra en un lugar tan necesitado de salvadoras doctrinas.

Al verlos llegar, Clara salió presurosa a su encuentro, diciéndoles:

—¡Cuánto he sufrido, temiendo que les ocurriera algo entre aquellos bandidos...!

—No, hija mía; seguros estábamos, pues le tienen a Roberto un miedo que ya quisiera yo que sintieran por la justicia divina.

Cenaron en amor y compañía y mientras Roberto dirigía miradas incendiarias a Clara y ésta se las devolvía, como promesa de un cercano día en que el amor les uniera con su férreo lazo. Danielín, o mejor dicho, Chispita, se entretenía en tirar el lazo a una

silla, pues Roberto le adiestraba en las artes camperas de los cow-boys, a los que imitaba el pequeño con suma maestría.

Cerró la noche, y mientras el pastor y Danielín se entregaban al descanso, un Roberto y Clara vagaron unos momentos por el jardín, para renovar, entre fervorosos besos, sus pormesas de amor. Así transcurrieron las primeras horas de aquella noche memorable. Al dar las doce, unos jinetes se detuvieron a la entrada del pueblo. Era un pelotón de rurales. El jefe le dijo al sargento:

—Hoy expira el plazo que solicitó Roberto O'Malley, para cumplir su misión. Si mañana, al amanecer, no ha regresado, o ha dado señales de vida, empezaremos las pesquisas; esta noche acamparemos aquí, a la expectativa, sin dejarnos ver en el pueblo, tal como estaba convenido...

En efecto, así era cuando Roberto solicitó llevar a cabo la misión que se le encomendó de informarse de si era cierto que la banda de Arnold y Flaine dominaba el pueblo de Black Butte, estableció un plazo de contados días para que la dejaran en absoluta libertad.

Pero sus jefes, ansiosos, habían destacado aquel grupo al frente del cual se hallaba uno de los tenientes más viejos en la línea aquella para que en un momento dado obrara con la debida energía...



...y la ley en la mano, era la actitud favorita de Roberto

A filo de las dos de la madrugada sería cuando una explosión retumbó en el tranquilo pueblo. Era la banda de Arnold que había hecho saltar la potente puerta de la caja de caudales y allí se hallaba ya saqueando los billetes y los talegos de buen oro en relucientes monedas. Al oír el estampido, lanzóse Roberto como una flecha de la cama y se dirigió al banco. Sólo pudo ver un grupo que huía ya lejano a todo galope de los caballos que al efecto tenían preparados en la esquina misma.

Mientras se hallaba examinando el banco llegaron los jinetes rurales que, como hemos dicho, estaban en las puertas del pueblo... Pero Roberto en aquel momento era cogido por la espalda, atado y amordazado por dos robustos cómplices de Arnold y Blaine. Tocaron las campanas a rebato. Sonaron disparos en todas direcciones y los secuaces de Blaine gritaban, llevando en un grupo a Roberto, maniatado:

—¡Ya le tenemos! ¡Este es el ladrón... éste! ¡Vamos a colgarlo!...

Por entre los grupos se abrió paso, pistola en mano, el jefe de los rurales, que bien pronto divisó a Roberto y lo puso en libertad...

En aquel momento llegaba Chispita jinete en su pequeño poney, del que se había agenciado sacándolo de una cuadra vecina, donde siempre echaba el ojo chiflado por el

caballito. Apenas se le veía en la sombra, pero su voz chillona se hizo oír en la oscuridad:

—Señor Teniente de Rurales, allí cerca de la calle del Puente está nunos hombres repartiéndose dinero... vaya a prenderles...

Así era, pues Chispita al correr hacia el lugar de los disparos, había pasado por allí y les había visto. Dejó el Teniente a dos de sus individuos que vigilaran a los más revoltosos y seguido del pueblo en masa se dirigió a las afueras. No obstante sus caballos, uno de los cuales había cedido a Robert, tomaron la delantera.

Por sorpresa cayeron sobre el grupo de los bandidos entre los que se hallaban adjudicándose la mejor parte Arnold y Blaine y les maniataron. Roberto les dijo:

—Señores he ganado la partida y he recuperado el dinero que aun está caliente en vuestras manos, ahora la lista completa de la banda o los que adornaréis los árboles del pueblo seréis vosotros.

Mientras en redada eran concuidos a lugar seguro, los compinches de Arnold, por el pueblo empezó a circular la noticia y como todos odiaban a la banda terrible a la que por temor estaban sometidos, empezaron a sonar los gritos de:

—¡Que los ajusticien ahora mismo! ¡Viva Roberto!... ¡Vivan los Rurales de a caballo!

Prontamente en el atestado levantado a primeras horas de lamadrugada se establecieron todos los puntos del proceso a incoar, y triste era el destino que les esperaba, pues todos tenían sobre su conciencia robos y asesinatos bastantes para empezar a despedirse de la cabeza...

Cuando estuvo listo de su trabajo, dijo el Teniente, dirigiéndose a Roberto:

—Sé cuán heroico ha sido su comportamiento, sé que por poco perece usted en el desierto y que sólo y sin el auxilio de nadie ha logrado conocer a esta banda y librar a Blanck Butte de esta pesadilla. Será usted propuesto para una recompensa...

—La mejor recompensa—dijo Roberto—es esta...—y señaló a Clara que, ruborizada, bajó los ojos...

¡E! amor sería el mejor premio!

FIN

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO

PROTAGONISTA

La Rosa de Flandes	R. Meller
Koenigsmark	J. Catelain
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conecencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquiñín
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Circo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzy Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich
Corazón de Padre	Lon Chaney
La Bella de Baltimore	Dolores Costello
El gran combate	Colleen Moore
Los húsares de la Reina	Billie Dove
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Venenosa	Raquel Meller
El cantor de Jazz	Al Jonson
La legión de los condenados	Gary Cooper

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707.- Barcelona